tregado algun tiempo al pecador á su arrepentimiento y sus lágrimas: despues le ordena levantarse y que se ponga de pié frente á él. Luego, como juez prescribe la pena, los ayunos, las abstinencias, con que el criminal debe satisfacer la justicia divina.

Despues de esta sentencia pronunciada sobre él, el penitente cae otra vez de rodillas, suplicando al confesor que pida á Dios por él la fuerza y el valor necesarios para cumplir la penitencia impuesta.

El sacerdote en el acto recita muchas oraciones en número de siete, pero Alcuino no trae de ellas mas que el principio, porque eran muy conocidas y de uso comun, siendo poco mas ó menos las mismas en todos los libros penitenciales recibidos en Occidente. Terminadas estas oraciones, el confesor y el penitente, estando ya dentro de la iglesia, arrodillándose, recitaban muchos de los salmos y plegarias indicadas, con esta advertencia que se encuentra en otros libros de esta naturaleza: "Que no se puedan prescribir largos ayunos á los siervos ó á los criados, mas que á los ricos y sus señores, sino solamente la mitad de lo que á estos se imponga, porque ellos pueden disponer de sí mismos."

En estas cortas líneas se encuentra toda la caridad de la Iglesia acerca de aquellos cuya vida es dura y penosa. La madre no olvida jamas á sus hijos.

Para distinguirse de los idólatras, los primeros cristianos, por algun tiempo, han orado de pié: esta actitud era un signo de libertad. No se ponian de rodillas, sino despues de haber libremente y de espontánea voluntad confesado sus pecados. Despues, para ser absueltos, se prosternaban bajo la misericordia de Dios, y bajo la mano de su ministro, que debia concederles la absolucion de sus faltas.

Entre los religiosos de la regla de San Benito, los monjes se confesaban sentados. Los cartujos, mas austeros, se ponian de rodillas, así como los monjes de Grammont. Hasta fin del siglo doce, fué cuando los seculares comenzaron á adoptar la actitud mas humilde, la mas implorante, tal como los vemos en el dia. No seré yo ciertamente quien condene los usos antiguos; en general, los amo y los respeto. Empero ver al juez y al culpable sentados sobre la misma silla, en un acto tan santo como el de la confesion, me parece muy estraño. Y para esplicármelo, es preciso que me diga: que entonces, cuando cada pecado tenia en alguna manera su pena especial, era preciso que el sacerdote tuviese en su memoria, lo que los libros penitenciales indicaban para tal ó tal falta. Esta obligacion podia dar lugar á largas perplejidades para aplicar á cada uno de los males sus remedios especiales.

He aquí un rasgo que he tomado de la vida de San Joaquin, abad de Hore (1), y que prueba que la costumbre de estar sentado confesándose, ecsistia aun al principio del siglo décimotercio. Este rasgo de costumbres podia, á mi juicio, inspirar á un pintor católico.

"Yo estaba con Joaquin (dice el autor de esta vida) sentado en el claustro de la abadía del Espíritu Santo en Palermo, cuando se le vino á llamar de parte de la emperatriz Constanza, que queria confesarse con él. Se presentó al momento, y la encontró en la Iglesia, sentada en su silla ordinaria, adornada de púrpura y franjas de oro. Lo hizo sentar sobre otra silla cerca de ella, pero cuando la emperatriz quiso comenzar la confesion de sus faltas, él la detuvo y la dijo con autoridad:

—Yo tengo aquí el lugar de Jesucristo, y vos, señora, el de Magdalena penitente. Descended, y sentaos en tierra; de otra manera no os escucharé.

Al instante hizo Constanza lo que el sacerdote le ordenó, y se sentó sobre las piedras, como Magdalena penitente á los piés del Divino Salvador."

Se vé por esto, que así como hemos dicho arriba, la costumbre de sentarse confesándose, no estaba abolida al fin del siglo doce, época en que murió la princesa de quien acabamos de hablar. La costumbre, sin embargo, variaba algun tanto, en que otras veces el sacerdote y el penitente estaban sentados sobre un mismo banco; en lugar de que en el ejemplo citado, Joaquin ecsigió que la emperatriz se sentase en el suelo. Esto no cambia mas que débilmente la costumbre que se introdujo despues, de confesarse de rodillas.

El ejemplo de los cartujos y de los monjes de Grammont, contribuyó tambien á hacer adoptar esta costumbre. "Se podria, dice el padre Chardon, agregar la de los monjes de Citeaux, que segun dice Manrique, no se confesaban sin que tuviesen las espaldas desnudas y varas en las manos, con las que el confesor daba al penitente antes de absolverlo.

"Manrique nos enseña esta práctica, contando los actos de San Walthon, abad en Escocia, donde murió por los años de 1660. Dice, que este santo abad, viendo que su confesor no le daba fuerte le ordenó, bajo pena de desobediencia, no contemplarlo ni dejarlo de azotar hasta hacerle salir la sangre." Esto lo hacia muchas veces por dia, dice la sencilla crónica, hasta fatigar á su confesor con este ejercicio."

En la molicie de nuestro siglo voluptuoso, los que vivimos en el mundo, no concebimos ninguna de estas austeridades de otros tiempos, y sin embargo, hay todavía santos que hacen correr su sangre con los nudos y agudas puntas de sus disciplinas; frecuentemente es por sus propias faltas, mas tambien con frecuencia para alcanzar de Dios la conversion de los pecadores, ó el écsito de una mision en una comarca impía. Cuando se observa la marcha de las cosas, se ve que el mundo comienza á volver á las ideas que los espíritus fuertes del siglo diez y ocho, creian pasadas de manera que no volverian jamas. La sociedad con sus incertidumbres, sus vacilaciones, y sus temores incesantes, ha fastidiado, ha desengañado á todo el mundo, que se ha convencido ya de que ella no tiene, á pesar de *todo su progreso*, ni dicha ni paz que darle. En todas sus bellas promesas, ha mentido á todos.... Así véase como en todas partes se reedifican, se vuelven á abrir las comunidades y los conventos. Los trapenses han sido los primeros en reaparecer, en el momento mismo en que el espíritu filosófico hacia reimprimir precipitada y abundantemente las obras de Voltaire y de Juan Jacobo Rousseau, á fin de repartirlas entre el pueblo de los campos y de las poblaciones.... Hoy no se lee á Rousseau ni á Voltaire; los libreros que habian especulado con este pan emponzoñado, están en quiebra: y los establecimientos que hemos visto profanados, devastados, ó medio demolidos, los vemos levantarse de nuevo de sus ruinas; que prosperan y que no son con mucho, ni tan vastos ni tan numerosos que puedan recibir y abrigar en su *tranquila paz* las almas fastidiadas y desencantadas del mundo.

(1) Estracto de los Bollandistas.

Dios es admirable en sus vias. Sentado en su eternidad, sabe esperar, y deja frecuentemente al tiempo el oficio de justiciero. Ha bastado solo medio siglo para hacer conocer á los hombres de buena fé, que bajo las grandes y presuntuosas mácsimas del filosofismo, no hay mas que vanidad y decepcion. Esa RAZON, tan envanecida por la escuela moderna, no ha consolado jamas á persona alguna, jamas ha apaciguado los remordimientos de una conciencia culpable; se la reconoce en el dia; se ha llorado, se ha creido, se ha vuelto á arrodillarse al confesonario, como el lugar de donde se vuelve á tomar el reposo.

Vemos en los antiguos escritores que los sacerdotes de los primeros siglos, colocaban el confesonario en un sitio de la Iglesia que podia ser visto de todo el mundo, á fin de alejar toda penosa sospecha de los ministros del sacramento de la Penitencia: era en general ante un altar donde se hacia la confesion de los pecados. De allí viene que la fórmula de la confesion de Egberto, arzobispo de York, comienza por estas palabras: "Yo me confieso ante el Dios Todopoderoso, ante el santo altar"

Cuenta Pedro Damian, que oyó la confesion de la emperatriz Inés, bajo la confesion secreta de S. Pedro, ante el santo altar; *ante sacrum altare.*

El padre Marténe (1), cita un concilio, tenido en Reading en Inglaterra, del cual este es uno de los decretos: "Hemos juzgado á propósito, dicen los padres, ordenar que las confesiones no se hagan mas que en un lugar público, espuestos á la vista de los fieles, y ante el altar, so pena de nulidad de la absolucion." Toda la sabiduría de la Iglesia se encuentra en estas disposiciones: la divina esposa de Jesucristo debe colocarse sobre los impuros pensamientos de los hombres perversos.

Sin colocar los confesonarios frente á los altares, como lo recomendaban los antiguos penitenciarios, los obispos de hoy como los de otros tiempos, quieren que estén establecidos de manera que sean vistos de los fieles en las capillas, en los lados: allí están fuera del movimiento, pero no fuera de la vista; estas capillas de las naves laterales, están retiradas del paso de los que van y vienen, tienen algo de solitarias, y recuerdan aquellas grutas que habitaban en los desiertos de la Tebaida los piadosos anacoretas. Todas están dedicadas á algunos santos. Así la piedad, tiene donde escoger. Aquí está la de Luis Gonzaga, la de Estanislao de Koska. Vereis allí arrodillados cerca del confesonario recogidos y piadosos como los ángeles, á los jóvenes estudiantes. Este otro oratorio, donde se ve sobre una playa batida por las olas, bajo una choza cerrada con algunas tablas, restos de algunos navíos naufragados, un sacerdote espirando que estrecha un Crucifijo contra su pecho, es Francisco Javier, el gran apóstol de las Indias.... Cerca del altar que le está dedicado, es donde los jóvenes y viejos misioneros vienen á beber el celo y la pasion de la salud de las almas.

Mas lejos, bajo otra bóveda, está Magdalena llorando sus pecados, en la soledad y la aridez del desierto; con dos ramas secas ha hecho una cruz para recordar la del Salvador Jesus que la ha perdonado. A pesar de este divino perdon, quiere llorar mas sus desvaríos. A esta capilla vienen á confesarse las grandes señoras y las mujeres del pueblo.

En el fondo de la iglesia, tras del santuario, sobre un trono brillante de blancura, se vé una reina, siete estrellas de oro fulguran sobre su frente; tiene en sus brazos un niño; los querubines, los serafines, los ángeles, los arcángeles replegan sus alas, y están prosternados ante el niño y la madre.... En esta pintura, reconocereis la capilla de la Vírgen.....; cerca del confesonario, vereis un enjambre de niñas que sus madres llevan á la fuente de toda pureza.

A estos cuadros, podia yo añadir otros; porque nuestra Santa Iglesia Católica, Apostólica Romana, tiene perdones para todas las faltas, consuelos para todas las penas, patronos para todos los arrepentidos, y modelos para todas las virtudes.

Cuando estas capillas están construidas como deben, son á propósito para la confesion. La luz clara y radiosa del medio dia, no penetra allí sino al través de vidrios pintados. La luz que, así llega asemejándose á la del crepúsculo, es propia para el recogimiento y la meditacion; y si habeis tenido la dicha de que la contricion haga correr lágrimas sobre vuestros pecados, los profanos no lo verán, pero los ángeles las recibirán.

Cuando las confesiones y las penitencias públicas estaban en uso, la Iglesia habia establecido cuatro divisiones distintas entre los penitentes. La pimera de estas estaciones era la de los *gemidores.* San Basilio los coloca á la puerta del oratorio, ó de la casa del sacerdote. Cuando los fieles pasaban ante ellos, mendigaban de rodillas oraciones, para que los justos intercediesen en su favor cerca del Dios de las misericordias.

San Gerónimo en una carta á Decano, nos hace conocer cuál era la penitencia que se imponia en esta estacion. Cita el ejemplo de una ilustre matrona llamada Fabiola, descendiente de una familia patricia. Estaba separada del marido, que te-

(1) Historia de los Sacramentos de la Iglesia.

nia su gloria en el escándalo, y su fama en los mas grandes desórdenes, y se habia casado con otro, estando vivo su primer marido. Las leyes imperiales, lo mismo que las de los príncipes cristianos, no lo prohibian espresamente, como lo atestiguan las de Theodosio y Valentiniano. A pesar de esta tolerancia de aquellas instituciones, la piadosa y ferviente cristiana, no sentia su conciencia tranquila, y teniendo en su foro interno mas respeto por las leyes de Dios, que por las de los césares, se presentó, dice San Gerónimo, la víspera de Pascuas, á vista de toda la ciudad de Roma, ante la basílica de Letrán, con los demas penitentes. El obispo, los sacerdotes, el pueblo, se bañaron de lágrimas al verla tan ilustre por su nacimiento, como humilde por su arrepentimiento. Sus cabellos estaban esparcidos, su rostro pálido y lívido, sus vestidos semejantes á los de los pobres y cubiertos de polvo. Roma, que le habia visto en su esplendor, la miraba con gran piedad en esta voluntaria humillacion. Ella no entró en la iglesia del Señor: se quedó fuera del campo como María, hermana de Moisés, á fin de que el sacerdote llamase á la que habia arrojado. Se habia destruido el rostro, que encantara á su segundo marido. Aborreció las alhajas y composturas que habian hecho resaltar su belleza. Permaneció prosternada en el suelo, como si hubiese cometido un adulterio.

La segunda clase de penitentes, era la de los *oyentes*. Estaba su lugar señalado en el vestíbulo de la casa del Señor. Su parte no era mas dulce que la de los *gemidores*: su consuelo era oir la lectura de los libros santos, el canto de los salmos, y los discursos de piedad que los diáconos hacian en la iglesia; pero salian con los judíos, los paganos y los catecúmenos, que no podian estar allí cuando la misa comenzaba.

La tercera estacion penitencial, era la de la *postracion*. El lugar destinado á esta clase, era entre la puerta de la basílica, y *el ambon*, ó *púlpito*. en que se canta el Evangelio y epístola. Esta clase era como las dos precedentes, y los catecúmenes, espelida de la Iglesia, en el momento en que el gran sacrificio de la misa iba á comenzar. San Gregorio de Tours, nos dice con qué vigor mantenian los obispos esta disciplina en el siglo sesto. Escuchémosle (1). El rey Teodorico (primero de este nombre, hijo mayor de Clovis) habia muerto, y habiéndole sucedido su hijo Theodoberto, hacia muchas cosas contra la justicia permitiendo que se hiciesen muchas mas en sus Estados, por lo cual Niceto, obispo de Treves lo reprendia frecuentemente. Habiendo el rey un domingo, entrado en la Iglesia, con aquellos á quienes el santo obispo habia privado de la comunion, se habian leido las lecciones que el antiguo cánon prescribe, los dones se habian ofrecido sobre el altar, y dijo el obispo: el santo sacrificio no será celebrado aquí hoy, á menos que aquellos que están privados de la comunion, no se retiren antes de todo. El rey se resistia á dejar su sitio, y mostraba algunas dificultades para salir.... cuando un hombre poseido del demonio, le hizo grandes y vivos cargos al rey por no obedecer al ministro del Señor.... Theodoberto, espantado pidió que este energúmeno fuese lanzado del santo lugar. El obispo le respondió: Que esos incestuosos, esos homicidas, esos adúlteros que vos habeis introducido en la iglesia, sean espelidos, y entonces Dios hará callar á ese endemoniado. El rey ordenó al punto, que todos los que habian sido condenados por el obispo, se dispusieron á salir. Verificado esto, San Niceto libró al poseido haciendo la señal de la cruz sobre su trage para no ser visto y evitar la vanagloria.... Desde entonces el rey se hizo mas tratable."

Cuando abre uno los libros antiguos, encuentra en ellos una especie de mágia que impide á la pluma detenerse.... Oid, otra historia, contada por San Gregorio el Grande; y pues él la ha escrito, la referiré á pesar de la desdeñosa sonrisa de ciertas gentes; "Habiendo muerto dos religiosas que San Martin habia escomulgado, fueron enterradas (por la superchería de sus parientes,) en una iglesia de Tours. Cada vez, que segun la costumbre, el diácono decia en alta voz: si hay aquí alguno que no comulgue, deje la casa de Dios, la nodriza de estas dos hermanas religiosas, que tenia la costumbre de hacer la oblacion por ellas, las veía siempre levantarse de su tumba, y vestidas con sus sudarios, salir de la iglesia llorando y desoladas."

La última estacion de penitencias, es, la de los *consistentes*. Los que estaban en este grado, tenian derecho de asistir al sacrificio de nuestros altares, pero no tenian el de participar, sino el de ofrecer y depositar sus dones sobre la santa mesa; sus nombres no eran pronunciados en el ofertorio, como se hacia con el de los otros fieles, que habian llevado pan, vino, incienso y cera vírgen.

La ventaja que los *consistentes* tenian sobre los *prosternados*, se encontraba en el derecho de asistir á todas las oraciones de la Iglesia, generalmente y sin escepcion; despues de haberles hecho recorrer la pesada y dificil carrera de la penitencia canónica, se les tenia todavía algun tiempo en esta estacion, para probarlos y asegurarse de su conversion. La fé que todos estos penitentes de estas diferentes clases tenian entonces en su corazon los hacia contar por poco las pruebas de muchos años; cuando el tiempo se mide comparado con la eternidad, es contado por lo que es realmente, ¡por nada! ¡un punto, entre dos espacios sin límites! un *segundo*, entre los siglos pasados y los siglos porvenir.

Vuelvo á un pensamiento que se ha apoderado de mi ánimo con frecuencia cuando he escrito sobre el sacramento de la penitencia, y que me habria infundido miedo mas de una vez, si no hubiese opuesto á mis temores la infalible autoridad de la Iglesia. Si ella ha vuelto tan fácil para nosotros, lo que estaba erizado de tantas dificulades para nuestros antecesores en la fé, es porque Dios que le habia hecho conocer entonces la fuerza de

(1) Greg. in vita Patrum, cap. XVII.

nuestros padres, le ha revelado despues nuestra debilidad y nuestra falta de energía; confiemos pues en ella, sigamos sus mandamientos y encontrarémos allá en lo alto aquellos de quienes no somos acá abajo mas que sombras.

Las antiguas basílicas donde los primeros cristianos han orado, celebrado la Pascua, llorado sus pecados y adquirido sus virtudes, estaban divididas de este modo en su interior: primero la portada ó pórtico, vestíbulo por el cual se entraba á un patio cuadrado, circundado en cada una de sus cuatro partes por una galería cubierta, formando claustro alrededor de este primer recinto. Este claustro, compuesto de arcos, tenia su bóveda elevada sobre columnas. Esta disposicion existe todavía en los conventos y monasterios, que los vándalos revolucionarios han respetado; y estos claustros, en que los religiosos meditan y ruegan paseándose, tienen sus muros, tapizados de piedras mortuorias, donde se leen los nombres de los hermanos que han pasado del silencio de la soledad á los eternales conciertos del cielo. El espacio de terreno que se estiende entre los cuatro flancos de este patio es á veces un jardin de flores que sirven para adornar los altares, y se abre frecuentemente á las sepulturas de los siervos ó siervas del Señor bajo estas galerías contiguas á las iglesias de los primeros cristianos, era donde se colocaban los pobres á quienes se les permitian mendigar; y en medio del patio (1) habia una fuente donde los fieles venian á lavar sus manos y rostro antes de la oracion. Las pilas de agua bendita les han sucedido. En el fondo habia un doble vestíbulo, por el cual se entraba por tres puertas, á la sala ó basílica, que formaba el cuerpo de la iglesia. He dicho que era doble, porque tenia uno fuera y otro dentro, que los griegos llaman *Narthex*. Cerca de la basílica estaban de ordinario dos edificios, el bautisterio á la entrada, al fondo la sacristía ó el tesoro llamado tambien *Secretarium*, ó *Diaconicum*. A cada lado de la iglesia habia cámaras para la comodidad de los que querian meditar y orar en particular; nosotros las llamariamos capillas.

La basílica estaba dividida en tres partes, á su largo por dos filas de columnas sosteniendo las galerías de los dos costados, en cuyo medio estaba la nave. Hácia el fondo al Oriente, estaba el altar, y detras el presbiterio ó santuario, donde los sacerdotes estaban sentados durante el oficio, teniendo al obispo en medio de ellos, cuya silla estaba tambien en el fondo de la basílica, y terminaba la vista de aquellos que entraban por la puerta principal.

Habia ante el altar una trinchera de una balaustrada abierta, que se le puede llamar el *coro* ó *cancel*, y á la entrada, en el medio estaba el *púlpito* ó *ambon*, que era una tribuna elevada donde se subia por ambos lados que servia para las lecturas públicas. Algunas veces se hacian dos para dejar el medio libre y no ocultar el altar. A la derecha del obispo y á la izquierda del pueblo, estaba la tribuna del evangelio, y del otro lado la de la epístola; desde esta tribuna hasta el altar, se colocaban los cantores (chantres), que eran simples clérigos destinados á esta funcion. Detras del altar estaba, como se ha dicho, el lugar de los sacerdotes. Era una bóveda mas baja que el resto de la iglesia; se llamaba *concha* porque tenia la forma de tal, o bóveda (*abside*) á causa del *arco* que la terminaba por delante. Se designaba tambien este fondo de la iglesia con el nombre de *tribunal*, porque en los templos profanos era el lugar donde el magistrado venia á sentarse acompañado de sus oficiales. Tambien esta parte de la basílica era mas elevada que el resto, de manera que el obispo tenia que descender algunas gradas para aproxsimarse al altar."

Esta descripcion del conciso abad de Fleury, haciéndonos conocer en todas sus partes las primeras iglesias, nos viene al mismo tiempo á dar noticia de las *diferentes estaciones de los penitentes*, y qué parte de la basílica ocupaba cada uno de ellos (2).

La Iglesia ordena á sus ministros, so pena de anatema, de degradacion y de reclusion perpetua, guardar el silencio mas absoluto sobre todo lo que han oido en el sagrado tribunal de la penitencia. Esta ley es general y no admite escepcion alguna. Por ninguna razon, en ningun caso y bajo pretesto alguno, cualquiera que sea, el confesor puede revelar á los hombres lo que ha sido confiado solo á Dios y á su ministro.

Nada bajo del sol, ni las instancias, ni los ruegos, ni los tormentos, ni la amenaza contra el honor y la vida, ni los mas afrentosos suplicios, ni la muerte mas cruel, pueden alzar de los lábios del confesor, el sello del secreto.

"La ley natural y divina prescribe tan estrechamente el secreto inviolable de la confesion (3), que es casi inaudito que se haya contravenido á él. La historia apenas presenta algunos ejemplos *dudosos*.

"El decreto mas auténtico que sobre esto tenemos, es el del concilio de Letran: "Que el sacerdote ponga mucho cuidado en no descubrir al pecador en manera alguna, sea por palabras ó por señas. Mas si tiene necesidad de consejo, que lo pida prudentemente sin hacer mencion alguna de la persona de que se trata; porque el que descubriese el pecado que hubiese conocido por la vía de la confesion *in penitenciale judicio sibi detectum*, será, por nuestra órden, no solamente despojado de la dignidad sacerdotal, sino tambien encerrado en un monasterio de estrecha observancia, para hacer penitencia el resto de sus dias."

Tal ha sido siempre el espíritu de la Iglesia so-

(1) Fleury. Costumbres de los cristianos.

(2) Ecsiste en nuestros dias en Nivernais una iglesia tan vasta casi como la basílica de Nuestra Señora de Paris, donde todas estas divisiones y partes se ven todavía; es la de la antigua abadía de Vezelay; bajo sus bóvedas ha predicado S. Bernardo la primera cruzada ante Felipe Augusto y Ricardo corazon de Leon. La parte que estaba en aquellos tiempos reservada á los catecúmenos, constituia por sí sola una bella y espaciosa iglesia. En tiempo de San Bernardo, Vezelay contaba mil religiosos en sus claustros.

(3) Historia de los Sacramentos por el P. Chardon, Sacr. de la penitencia.

bre este secreto, que no es punto de simple disciplina y de policía eclesiástica, sino de derecho natural y divino. No se puede ser mas severo con el que lo violare.... Dios, que ha instituido la confesion, no ha querido que semejante crímen pueda alejar á los pecadores del sacramento de la penitencia. Es casi inaudito en los anales católicos.

Algunos han preguntado: ¿si se tratase del interes general de la sociedad, de una conjuracion contra el Estado, no podria un confesor, no deberia hablar? No: el confesor no sabe nada como hombre: por consecuencia, en ningun caso le es permitido romper el silencio.

"Paseándose un dia Enrique IV con el duque de Bouillon (1), hizo llamar al padre Cotton para preguntarle qué pensaba acerca de una cuestion que se disputaba entonces: la de saber si habia alguna cosa que impidiese advertir secretamente al rey de una conspiracion que se sabia por el tribunal de la penitencia, en que se tramase contra su vida.

"El padre respondió que si se daba la menor lacsitud á la revelacion de las confesiones, se destruiria el sacramento de la Penitencia; que la vida y la salud de los reyes, eran á la verdad el mayor bien de un Estado; pero un bien puramente natural, inferior por lo mismo al culto y al honor que se debe á Dios.... Que por otra parte la vida de los reyes, estaba mas á cubierto por este silencio impenetrable, que por la revelacion del secreto de la confesion; que un pecador que hubiese meditado tan gran crímen, se guardaria de presentarse á los sacerdotes, si tuviese el menor temor de ser alguna vez descubierto, y por tanto, no habria monitores secretos para desviar de semejantes sacrilegios á aquellos que viniesen á acusarse, si no estuviesen seguros de la discrecion de sus confesores."

"Satisfecho el rey de esta respuesta, le preguntó ¿si á lo menos, él no desviaria al pecador de este crímen?—Sí señor, respondió el padre. Yo no omitiria nada para conseguirlo: haria todavía mas, pues si él queria descubrir su crímen y sus cómplices fuera de la confesion, yo me arrojaria á los piés de vuestra majestad para impetrar su perdon."

Desde el divino establecimiento del sacramento de la Penitencia; desde que se ha mandado á los hombres hacer á los ministros de Jesucristo la confesion de sus pecados, ¡cuántos millones de confesores han venido á sentarse en el tribunal de misericordia y de perdon! ¡Y bien! Registrad los anales del pasado, y os convencereis, como todos los que han hecho un estudio especial de las cosas religiosas, que ecsiste con este motivo un "milagro de descripcion," que dura cosa de dos mil años.

En la historia moderna encontramos un gran ejemplo de esta discrecion cristiana, y cuando atravesais la vieja Alemania, no podeis pasar por un solo puente sin que el rasgo de valor y de fé de Juan Nepomuceno, se presente á vuestro recuerdo. Sobre un humilde y pequeño puente de una corriente de agua sin nombre, como sobre aquel en que una larga hilera de arcos liga dos riberas de un gran rio, encontrareis siempre la estátua venerada del santo confesor de la emperatriz Juana, esposa de Wenceslao. Tan piadosa como bella la hija de Alberto de Baviera, gustaba de oir la palabra de Dios, y entre los ministros de Jesucristo encargados de esparcirla y darla al pueblo y á los grandes como un alimento celeste, encontró que Juan Nepomuceno estaba dotado de una fé tan viva, de un amor de Dios tan ardiente, de una caridad tan activa, que iba á todas las iglesias en que él predicaba, y jamas eran tan abundantes sus limosnas, como cuando ella salia de escucharlo.

El santo sacerdote venia frecuentemente á abogar por la causa de los desgraciados, en las suntuosas salas del palacio imperial, y cuando los pobres le veian ir á la corte, decian: "He aquí el cortesano segun el corazon de Dios: va á pedir, pero no para él."

Wenceslao, admirador de su elocuencia, escuchaba sus reclamaciones en favor del pueblo, sumido en la miseria y la ignorancia, y hacia llover los consuelos y los beneficios entre la muchedumbre tan desgraciada y corrompida de las grandes ciudades. En esta época, Wenceslao seguia los caminos de Dios, tanto, que quiso en diversas épocas elevar á Juan Nepomuceno á las mas altas dignidades de la Iglesia; pero el santo hombre las rehusó todas, y permaneció simple canónigo de la catedral de Praga.

Se ha dicho hace mucho tiempo, y es verdad, que nada es tan *mudable* y *ondulante* como el favor de los grandes; hoy sonrien y os tienden la mano, mañana se agria su amistad y se cambia en odio. Wenceslao abrió un dia su alma á la mas inquieta de las pasiones, y desde entonces no podia ver al orador cristiano, confesor de la emperatriz, venir á palacio, sin entregarse á los accesos furiosos de los zelos. Juana, pura como un ángel, estaba condenada á sufrir cruelmente tan injustas y odiosas sospechas. Ella no fué la sola víctima. El sacerdote, á quien el monarca habia ofrecido dignidades y honores, debia muy pronto probar que valia mas poner su confianza en el rey del cielo, que en los reyes de la tierra. Wenceslao, á pesar de todo su poder, esclavizado mas que nunca por sus zelos, manda comparecer ante él al confesor de la angélica Juana, é intenta, primero con promesas, y despues con amenazas, hacerlo revelar la confesion de la emperatriz. El siervo de Dios respondió como debia á esta pregunta impía y sacrílega. El emperador se ecsalta y esclama:

—¡Desgraciado sacerdote! ¿Desde cuándo osais desobedecer mis voluntades?

—Desde que son contrarias á la de Dios, dijo Juan Nepomuceno.

—Me revelareis lo que deseo saber.

—Jamas.

—Me obedecereis al instante, ó este es vuestro último dia.

—Venga, pues, mi último dia, antes que yo olvide mi deber de confesor.

Ante esa resistencia calmosa y digna, Wenceslao dejándose arrebatar de la violencia, se lanza sobre el ministro de Jesucristo, y estrechándolo fuertemente del brazo, le repite: Habla, ó mueres hoy mismo.

—Hacedme conducir á la muerte; yo no habiaré jamas. Vos mandais, Dios prohibe; mi eleccion está hecha. A Dios es á quien debo obedecer.

Entonces, segun las órdenes del emperador, Juan Nepomuceno fué puesto en un calabozo, y cuando llegó la noche, dos ayudantes del verdugo lo sacaron y lo condujeron sobre el gran puente de Praga, y allí, atándolo de piés y manos, lo precipitaron en el Moldaw. Cayendo sobre las aguas, el santo bendecia al Señor, y no se dejó de oir su voz hasta que las aguas lo sumergieron.

La desolacion de la emperatriz y de toda la poblacion fué estrema, y los duelos que resonaron en la ciudad ofendieron á Wenceslao, encerrado en su palacio y atormentado en su conciencia por agudos remordimientos.

La noche era oscura, ni un rayo de luna se percibia en las nubes, ni una sola estrella brillaba en el firmamento; esta oscuridad era favorable á los fieles que querian escapar á las miradas de los sicarios de Wenceslao. Una vez fuera del recinto de la ciudad, podrian, con la ayuda de los barqueros, hacer escursiones por el rio, para encontrar el cuerpo del valeroso confesor. Algunos cristianos habian venido del lado esterior de las murallas de la ciudad, y el cielo estaba cubierto de gruesas nubes sombrías; se hubiera dicho que Dios no queria ayudar á sus servidores en su celo piadoso: cuando de repente, sin que el firmamento hubiese dado la menor luz, un punto brillante con una viva luz apareció sobre la superficie de las aguas del Moldaw. Este punto luminoso, demasiado pequeño, iba creciendo progresivamente, como si un fogon hubiese podido encenderse bajo las aguas. Al instante, muchas barcas guiadas por los fieles, se dirigieron al punto radioso, y á pocos minutos, se sacó un cuerpo glorioso del fondo del rio: era el del mártir; ¡era el de Juan Nepomuceno! Entonces estos valerosos cristianos, tan bien recompensados de sus penas, lo sacaron á la ribera, y se pusieron á alabar á Dios.

La voluntad de los poderosos de la tierra se estrella frecuentemente contra la del Señor, soberano Señor de todas las cosas: Wenceslao desde lo alto de su trono habia jurado que el santo sacerdote, que habia resistido á sus deseos y á sus amenazas, pasara de su desgracia á la muerte, y que ninguna persona osara honrar su memoria: he aquí que, viviendo el mismo emperador, el cuerpo del mártir es llevado con pompa á la catedral de Praga, y depositado en un magnífico mausoleo.

Mas de un siglo despues, estos honores tributados á Nepomuceno, volvieron á abrir su ataud, y el esqueleto del santo, despojado de toda carne, se encontró entero y blanco como marfil. Su lengua, que no habia querido revelar el secreto de la confesion, estaba todavía intacta, fresca y roja, como cuando habia dicho al emperador: *Lo que vos me mandais, Dios lo prohibe; mi eleccion está hecha: A Dios es á quien debo obedecer.*

Esta lengua, milagrosamente conservada, se vé todavía entre las mas preciosas reliquias de Praga; y la Alemania, hoy tan agitada por los revolucionarios, y que se lanza al delirio contra sus antiguas instituciones, no ha arrojado todavía una sola de las mil estátuas elevadas á la memoria de un sacerdote católico, mártir de su deber.

Hemos dicho en lo que acabamos de escribir sobre la confesion, que la gracia de lo alto es indispensable á la salud de todo hombre venido al mundo; pero que el confesor, cuyo ministerio es oir la confesion de los pecados; cuyo deber es pesarlos, ligarlos y desatarlos, debe en cierto modo recibir de Dios una parte doble de esta gracia divina; porque debe no solamente salvarse, sino tambien á todos aquellos que vienen á él para ser conducidos por el camino recto. En el navío que se dirige al puerto, el que tiene mas necesidad de sabiduría y de luces, es el piloto que lleva el timon.

Cuando se vuelve el pensamiento cincuenta años atrás, cuando se fija sobre los gobernantes de 1793, está uno obligado á confesar que no ha faltado crímen alguno á esta época de vértigo y de terror: entonces habia establecido un concurso de bajezas y celos, de despojos y robos, de ingratitudes y denuncias, de traiciones y perjurios, de parricidios y sacrilegios.... Registrad en los anales de los tribunales de entonces, buscad en el archivo del comité de salud pública, y no encontraréis, no veréis mas, que el señor denunciado por su camarero, el rico por el pobre, el amo de la granja por el mozo del cortijo, el administrador por sus subalternos, el párroco por el sacristan, el magistrado por el portero de estrados, el bienhechor por su beneficiado, el hermano mayor por el menor, el padre y la madre por sus hijos.... Pero bien podeis remover las hojas corrompidas y manchadas de sangre de este horrible archivo; no encontraréis allí la prueba de que un sacerdote haya revelado la confesion de su penitente; que un confesor haya llevado al verdugo el pecador que se ha confiado á él.

Hace medio siglo, la iglesia de Francia se ha visto afligida por grandes escándalos: se han visto sacerdotes (1) echando á sus piés los juramentos mas sagrados, abjurar el sacerdocio y la fé; se ha visto á otros violar el celibato con sus costumbres disolutas, y contraer matrimonios sacrílegos; pero en medio de las saturnales del vicio, jamas se ha oido decir que ninguno de estos infelices haya violado el secreto de la confesion."

Sí: cuanto mas se investiga en lo pasado, mas se queda uno convencido de que Dios ha puesto su dedo sobre los lábios de los sacerdotes: hace diez y ocho siglos que la Providencia vela sobre el sigilo de la confesion. Así, este secreto, atravesando tantos siglos sin ser traicionado, se invoca como una prueba del orígen divino del sacramento de la Penitencia. Una institucion humana, no habria podido nunca ser tan discreta. Lo que viene de

(1) Lenglet Dufresnoy. Trat. del sacr. de la Confes.

(1) Inst. sobre la confes. por el abate Marius Aubert.